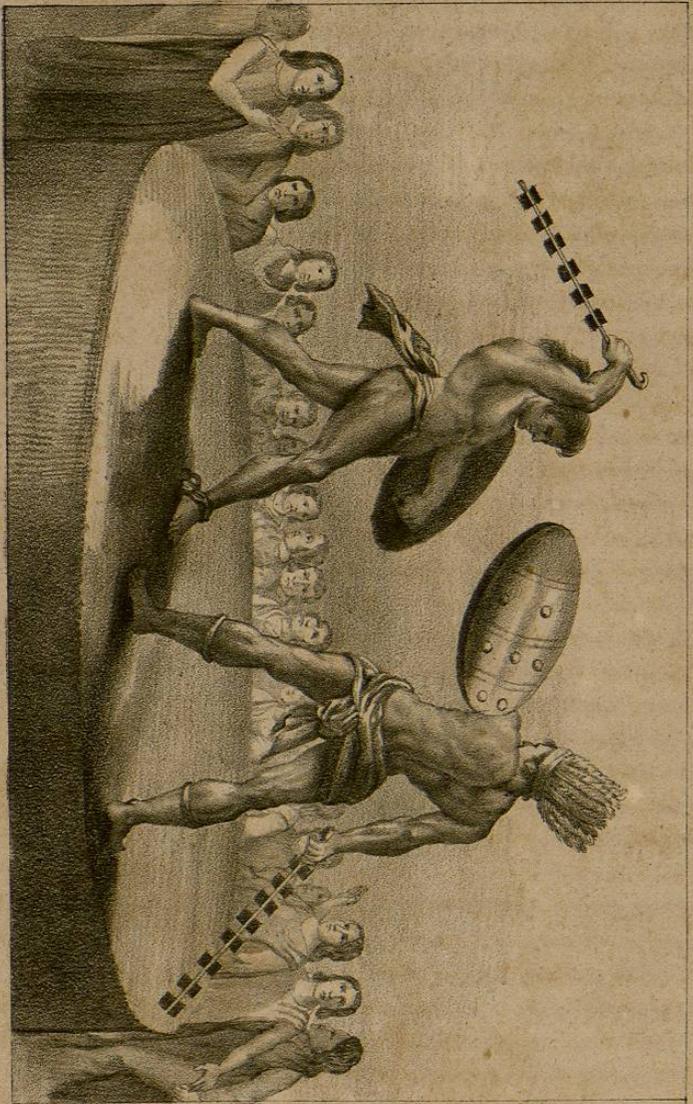


llos sangrientos holocaustos; pues ni tenían prisioneros, ni podían adquirir esclavos. Pero desde que estendieron sus dominios, y multiplicaron sus victorias, empezaron á repetirse con frecuencia los sacrificios, y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

Los sacrificios variaban con respecto al número, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta. Por lo común abrían el pecho á las víctimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morían de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban á los muertos, y otras finalmente en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que más comunmente se consumaban aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado á los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de México, era de una piedra verde, jaspe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres pies de alto, de otro tanto de ancho y de cinco pies de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; mas en cada sacrificio tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacía. Vestíase para aquella función con un traje rojo, de hechura de escapulario, y adornado con flecos de algodón: en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas pendientes de oro y piedras verdes, (quizás esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trajes blancos, de la misma forma, y bordados de negro: tenían los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas, y adornada con ruedas de papel de varios colores, y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la víctima, la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y después de haber indicado á los circustantes el ídolo á quien se hacía el sacrificio, para que lo adorasen, la estendían sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los pies y los brazos, y

otro le afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, según hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho y el vientre, é incapaz de hacer la menor resistencia. Acercábase entonces el inhumano Topiltzin, y con un cuchillo agudo de pedernal, le abría prestísimamente el pecho, le arrancaba el corazón, y todavía palpitante, lo ofrecía al sol, y lo arrojaba á los pies del ídolo: lo ofrecía después al mismo ídolo, y lo quemaba, mirando con veneración las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y cóncavo, solían introducirle el corazón en la boca con una especie de cuchara de oro. También solían untar con sangre de las víctimas los labios del ídolo, y la cornisa de la entrada del templo. Si la víctima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza, para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial ó soldado que lo había hecho prisionero, y lo llevaba á su casa, para cocerlo y condimentarlo, y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver del altar, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comían tan solo las piernas, los muslos y los brazos, y quemaban lo demás, ó lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otomites hacían á la víctima pedazos, y vendían estos en el mercado público. Los Zapotecas sacrificaban los hombres á los dioses, las mugeres á las diosas, y los niños á ciertos númenes pequeños.

Tal era el modo más ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias más bárbaras, como veremos después; pero tenían otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoinan, la muger que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra muger la sostenía en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las víctimas morían en las llamas. En una de las fiestas



que hacian á Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis ó siete años, y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.

## SACRIFICIO GLADIATORIO.

Pero el mas célebre sacrificio de los Mexicanos era el que los españoles llamaron con razon *gladiatorio*. Este era sumamente honroso, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho pies de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante á las de molino, pero mucho mayor, de casi tres piés de alto, lisa y adornada con algunas figuras (1). Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacail*, ponian al prisionero, armado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pié. Con él subia á pelear un oficial ó soldado mexicano, á quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haria aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario, para no perder su reputacion militar, delante de tan gran número de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente el sacerdote llamado *Chalchintepehua*, y muerto ó vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho, y le arancaba el corazon. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencía á aquel y á otros seis, que segun el conquistador anónimo, subian á pelear sucesivamente con él, se le concedia la vida, la libertad y todo cuanto

(1) Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista, aunque las azoteas y merlones son como los que los Mexicanos construian.

le habian quitado, y se volvia lleno de gloria á su patria (1). El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los Cholultecas á sus vecinos los Huexotzingos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiéndose alejado de los suyos, fué hecho prisionero y conducido á Huexotzinco: que puesto sobre la piedra del sacrificio, venció á los siete combatientes, que se requerian allí para declarar la victoria; pero los Huexotzingos, previendo el daño que podria hacerles un enemigo tan animoso, si le concedian la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entónces quedaron infames á los ojos de todas aquellas naciones.

## NUMERO INCIERTO DE LOS SACRIFICIOS.

Acerca del número de víctimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar, por ser muy diversas las opiniones de los historiadores (2). El número de veinte mil, que es el que parece acercarse mas á la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el imperio, y no me parece exa-

(1) Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente, quedaba libre el prisionero; pero yo doy mas crédito al conquistador, pues no parece probable que á tan poca costa diesen libertad á un prisionero que podria serles tan perjudicial por su valor, y privasen á los dioses de una víctima tan grata á su crueldad.

[2] El Sr. Zumarraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de junio de 1531, escrita al capítulo general de su orden, congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el número de los sacrificios llegaba á cincuenta mil. Acosta escribe que habia dias en que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno tambien veinte mil. Otros creyeron que solo en el monte Tepcyacac se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin. Torquemada, citando, aunque infielmente, la carta del Sr. Zumarraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario, el Sr. Las Casas en su impugnacion del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita estos sacrificios á tan pequeño número, que apenas da lugar á creer que fuesen diez, ó cuando mas ciento. No dudo que todos estos escritores exageran: Las Casas por defecto, y los demas por exceso.

gerado; pero si se limita á los niños, ó á las víctimas sacrificadas tan solo en el monte Tepeyacac, ó en la capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosímil. Es cierto que no habia número fijo de sacrificios, sino proporcionado al de prisioneros que se hacian en la guerra, á las necesidades del estado, y á la calidad de las fiestas, como se vió en la dedicacion del templo mayor de México, que fué cuando la crueldad de los Mexicanos traspasó los límites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, porque las conquistas de los Mexicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos, cuanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si á estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto, y los delinquentes destinados á expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso á escusar á los americanos de los excesos de que los acusaban los españoles (1). Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos, y mucho mas en los seculares.

Acostumbraban los Mexicanos en sus fiestas vestir á la víctima con el mismo ropaje, y adornarla con las mismas insignias que se atribuian al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así paseaba toda la ciudad, pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban á estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba á esta clase de víctimas la religion mexicana: hacíanse tambien de varias especies de animales. Sacrificaban á Huitzilopochtli codornices y esparavanes; á Mixcoatl, liebres, conejos, ciervos y coyotes. Al sol inmolvaban todos los dias codor-

(1) No sé por qué el Sr. Las Casas, que en sus escritos se vale, contra los conquistadores, del testimonio del Sr. Zumarraga, y de los primeros religiosos, los contradice cuando trata del número de sacrificios.

nices. Cada dia, al salir aquel astro, estaban en pié muchos sacerdotes, con el rostro vuelto hácia Levante, cada uno con una codorniz en la mano; y al despuntar el disco del planeta, lo saludaban con música, cortaban la cabeza á los pájaros, y se los ofrecian. Despues incensaban al sol, con gran estrépito de instrumentos músicos.

Ofrecian tambien á sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos inanimados. A Tlaloc y á Coatlicue presentaban las primicias de las flores, y á Centeotl las del maíz. Las oblaciones de pan, de masas y de otros manjares, eran tan cuantiosas, que bastaban á saciar á todos los ministros del templo. Cada mañana se veian al pié de los altares innumerables platos, y escudillas, calientes todavía, á fin de que su vapor llegase á las narices del ídolo, y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblacion mas frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente á sus ídolos; así que, el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar hácia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas, y los jueces en los tribunales, cuando iban á fallar una causa grave, civil ó criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto puramente religioso, sino tambien un obsequio civil que hacian á los magnates y á los embajadores.

La crueldad y la supersticion de los Mexicanos sirvieron de ejemplo á todas las naciones que conquistaron, y á las inmediatas á sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios, y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los Tlaxcaltecas, en una de sus fiestas, ataban un prisionero á una cruz alta, y lo mataban á flechazos; en otras ocasiones ataban la víctima á una cruz baja, y la mataban á palos.

SACRIFICIOS INHUMANOS EN CUAUHTITLAN.

Eran célebres los inhumanos y espanto-

sos sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los Cuauhtitlaneses al dios del fuego. El dia ántes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo, y les sacaban los huesos de los muslos. Al dia siguiente se vestian dos sacerdotes, de los de mas dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano, bajaban á paso lento, y profiriendo agudos gritos, por las escaleras del templo. El pueblo, agolpado al pié del templo, repetia en alta voz: "Hé aquí á nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior, comenzaban al son de instrumentos un baile que duraba casi todo el dia. Entre tanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que á veces llegaban á ocho mil. Terminadas estas ceremonias, los sacerdotes llevaban seis prisioneros á lo alto de los árboles, y atándolos á ellos, bajaban; pero apenas habian llegado al suelo, ya habian perecido aquellos desgraciados, con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subian de nuevo á los árboles, para desatar á los cadáveres, y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrian el pecho, y les sacaban el corazon, segun el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices, se distribuian entre los sacerdotes y los nobles de la ciudad, para que sirviesen en los banquetes, con que daban fin á tan detestable solemnidad.

AUSTERIDAD Y AYUNOS DE LOS MEXICANOS.

No eran aquellos habitantes ménos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados á los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron tambien prodigos de su misma sangre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacian, ó en expiacion de sus culpas, ó para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes

como si fueran insensibles, y vertian su sangre, como si fuera un líquido superfluo.

Algunos sacerdotes llamados *Tlamacazqui*, se sacaban sangre casi diariamente. Clavábanse las agudísimas espinas del maguey, y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas. En los agujeros que se hacian con aquellas espinas, introducian pedazos de caña, agudísimos al principio, y cuyo volúmen aumentaban progresivamente. La sangre que salia, la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada *Axoyatl* (1). Clavaban despues las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno, que esponian en los merlones del templo, á fin de que constase la penitencia que hacian por el pueblo. Los que se daban á estas prácticas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba *Ezapan*. Habia un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Ademas de estas y otras austeridades, de que despues hablaremos, eran frecuentísimos entre los Mexicanos los ayunos y las vigiliias. Apenas habia fiesta á la que no se preparasen con ayunos de mas ó ménos dias, segun lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, segun puedo colegir de la historia, á abstenerse de carne y vino, y á comer una sola vez al dia; lo que algunos hacian á medio dia, otros despues, y muchos estaban sin probar bocado hasta la noche. Acompañaban por lo comun el ayuno con vigilia y con efusion de sangre, y entre tanto no les era permitido acercarse á ninguna muger, ni aun á la legítima.

Entre los ayunos habia algunos generales, á los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco dias, que precedía á la fiesta de Tezcatlipoca, y el que se hacia

(1) *Axoyatl* era la planta de muchos tallos derechos, de hojas largas y fuertes, y dispuestas con simetría. De estas plantas hacian, y hacen actualmente buenas escobas.

en honor del sol (1). En semejantes casos, el rey se retiraba á cierto sitio del templo, donde velaba y se sacaba sangre, segun el uso de la nacion. Otros no eran obligatorios sino para algunos particulares, como el que hacian los dueños de las víctimas el dia ántes del sacrificio. Veinte dias ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra, que se inmolaban al dios Xipe. Los nobles tenían, como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, á las que se retiraban á hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que servian empleos públicos, despues de haber pasado el dia en el ejercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero, velaban todas las noches los Tlamacazques ó penitentes, y durante el cuarto mes, ellos y los nobles.

En la Mixteca, donde habia muchos monasterios, ántes de tomar posesion de sus estados los primogénitos de los señores, se sometian por espacio de un año á una rigurosa penitencia. Conducian al primogénito en pompa á uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestian otras impregnadas en goma elástica; le untaban con ciertas yerbas fétidas el rostro, el vientre y la espalda, y le entregaban una lanceta de itztli, para que se sacase sangre. Obligábanlo á una rigurosa abstinencia, le imponian las mas duras fatigas, y castigábanlo severamente por la menor falta que cometia. Cumplido el año, lo conducian á su casa con gran aparato y música, despues de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan habitaban cuatro sacerdotes célebres por la austeridad de su vida. Vestíanse como la gente pobre; su comida se reducía á un pan de maiz de dos onzas, y su bebida á un vaso de *atolli*, que era un brebaje hecho con el

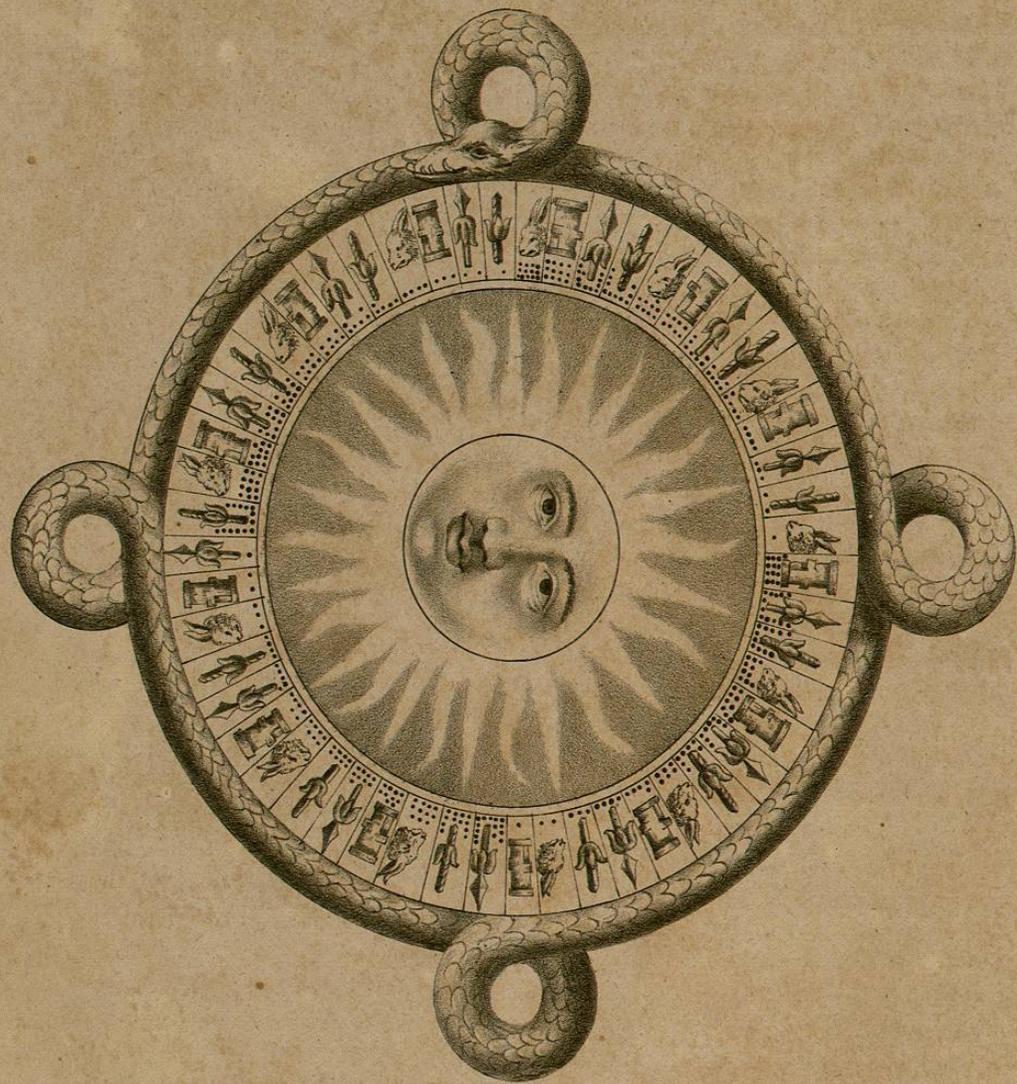
[1] El ayuno que se hacia en honor del sol, se llamaba *Netonatiuhzahualo*, ó *Natonatiuhzahualiztli*. El Dr. Hernandez dice que se hacia despues de cada periodo de doscientos ó de trescientos años. Creo que seria en el dia 1 *olin*, que caía cada doscientos sesenta dias.

mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos, y pasaban el tiempo cantando himnos á sus dioses, incensando los ídolos cuatro veces en la noche, y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, escepto en un dia de fiesta, que habia cada mes, y en el cual les era lícito comer cuanto querian; mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforándose las orejas con espigas de maguey, y pasándose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas de diferentes tamaños. Pasados los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes á ejercer la misma vida; y si ántes de espirar el término, moria uno de ellos, lo sustituia otro, á fin de que nunca faltase el número. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes, que hasta los mismos reyes de México los veneraban; pero, ¡desgraciado del que faltaba á la contigencia! pues si despues de una menuda indagacion se hallaba ser cierto el delito, era muerto á palos, quemado su cadáver, y las cenizas esparcidas al viento.

En ocasiones de alguna calamidad pública, los sumos sacerdotes de México hacian un ayuno extraordinario. Retirábanse á un bosque, donde se construía una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion, y sin otro alimento que maiz crudo y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve ó diez meses, y á veces un año, en continua oracion y frecuente efusion de sangre.

#### PENITENCIA CELEBRE DE LOS TLAXCALTECAS.

Era tambien famoso en aquel pais el ayuno que los Tlaxcaltecas hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnísimá á su dios Camaxtle. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba á todos los Tlamacazques ó penitentes, su gefe llamado *Achcauhli*, y los exhortaba á la penitencia, advirtiéndoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicar-



EL SIGLO MEXICANO.

la, se lo hiciese saber en el término de cinco días; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, ó lo infringiese una vez empezado, sería calificado de indigno de la compañía de los dioses, despojado del sacerdocio y de todo cuanto poseía. Después de los cinco días concedidos para tomar una resolución, subía aquel parsonaje con todos los que tenían ánimo de hacer la penitencia, que solían ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima había un santuario dedicado á la diosa del agua. El Achcauhtli llegaba solo á la mayor altura, para hacer una oblacion de piedras preciosas y copal; los otros quedaban á medio monte, rogando á la diosa les diese fuerza y valor para aquella austeridad. Bajaban entonces del monte, y mandaban hacer navajas de itzli, y unas varillas de diferentes tamaños y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos ayunaban cinco días ántes de hacerlos, y si rompían un cuchillo ó vara, se tenía á mal agujero, pues indicaba que el operario había roto el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlamacazques, que no duraba ménos de ciento sesenta días. El primer día se hacían un agujero en la lengua para introducir las varas; y á pesar del grave dolor que sentían, y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar á sus dioses. De veinte en veinte días repetían aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta días de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los gefes de la república. A nadie era lícito en aquel tiempo bañarse, ni comer la pimienta cou que condimentaban sus manjares. Tales son los excesos de crueldad que el fanatismo inspiraba á las desgraciadas naciones de Anáhuac.

## EIDADES, SIGLO Y AÑO DE LOS MEXICANOS

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no da tanto á conocer la religion de los Mexicanos, ni los excesos de su execrable supersticion, como el catálogo de las fiestas que hacían á sus dioses, y de los ritos que en

ellas practicaban; pero ántes de tratar de este asunto, conviene dar cuenta de la distribucion que hacían del tiempo, y del método que tenían en contar los días, los meses, los años y los siglos; Lo que vamos á decir sobre este asunto, ha sido escrupulosamente investigado por hombres inteligentes, y dignos, bajo todos aspectos, de la mayor confianza, los cuales se aplicaron con el mayor empeño á este estudio, examinando atentamente las pinturas antiguas, y consultando á los Mexicanos y Acolhuas mas instruidos. Soy particularmente deudor de estos datos á los religiosos apostólicos Motolinia y Sahagun (de los que sacó Torquemada cuanto hay de bueno en su obra), y al doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, la verdad de cuyas opiniones he confirmado después por el exámen que he hecho de muchas pinturas mexicanas, en que están claramente representadas, con sus propias figuras, todas las divisiones cronológicas de aquella nacion.

Distinguían los Mexicanos, los Acolhuas, y todas las naciones mexicanas, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatiuh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundacion general. La segunda *Tlaltónatiuh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes, y los grandes terremotos, que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehecatónatiuh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes, y acabó con los grandes torbellinos que terminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonatiuh*, edad del fuego, comprende desde la última restauracion del género humano, segun hemos dicho en la mitología, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego. Creían que esta última edad debía terminar al fin de uno de sus siglos, y tal era el motivo de las estrepitosas fiestas que al principio de cada uno hacían al dios del fuego, como en accion de gracias de haber escapa-